

IMAGEN NACIONAL Y ESCRITURA LITERARIA

CLAUDIO GUILLÉN

I

Entre la imagen de una nación y el acto de escribir se sitúa muchas veces la vida, o más concretamente, la experiencia vivida por el escritor. Pero si por escritura queremos decir aquello que éste ha leído, que otros habían previamente publicado, ¿no es anterior entonces la palabra escrita a lo visto y percibido por unos y otros? Si las prioridades que ordenan las relaciones entre estos tres términos son, como las relaciones mismas, móviles y mudables, ¿no asigna la historia de la Poética distintos signos a estas relaciones a lo largo de los siglos? De inmediato estas preguntas y bastantes más se presentan o introducen en toda reflexión general sobre la imagen de una nación en las letras de otra nación.

Son problemas que tienen muchos inconvenientes para el comparatismo, que por ello ha tendido desde hace bastantes años a concederles escasa atención. Adolecen, por un lado, de excesiva amplitud y desdibujada vaguedad. Asimismo nos alejan, por otro, de una concepción exigente de la literatura, que aquí pasa a confundirse fácilmente con cualquier forma de escritura o con la cultura en general. Creo, no obstante, que la indiferencia no consigue que estos problemas desaparezcan; y que una de las características más elogiadas de los estudios de Literatura Comparada, considerados históricamente, ha sido la continuidad de sus preocupaciones. Y así acepto gustoso la ocasión de contribuir a este encuentro barcelonés, cuya definición principal supone saberes especializados que no son los míos.

Procuremos imaginarnos para empezar un espacio triangular cuyas tres puntas son: *escritura, imagen y experiencia*. Aludo desde luego a la acepción que suele asumir cualquiera de estas palabras en el terreno de la inteligencia del extranjero por parte lo mismo de individualidades que de sociedades.

Son tres términos polisémicos, amplios, móviles, según ya dije. Por escritura se denotan textos cuyos límites rebosan la literariedad, de lo fantástico a lo utilitario, de Byron al Baedeker. Por experiencia se entiende la del extranjero, en la vida misma, sea individual o colectivamente. Imagen es rótulo poco satisfactorio, pero aceptado convencionalmente, sobre todo desde los estudios de Jean-Marie Carré, y que abarca significaciones distintas y hasta dispares. En primer lugar, abriendo el compás al máximo, es imagen «l'idée qu'on se fait de l'Espagnol, de l'Anglais», etc., como decía Gustave Lanson,¹ o sea, opinión colectiva, impersonal («qu'on se fait»), de vasta difusión, con motivo de una nacionalidad, una región (Sicilia), o una ciudad de valor mítico (Venecia, Granada). También se alude, en segundo lugar, a la concepción nacional que se desprende de un autor importante (Dostoievski emblema de Rusia, Maquiavelo de Italia) a través de determinados críticos, traductores y prologuistas: idea por tanto procedente de cierta recepción. También es imagen para algunos el ambiente nacional o pequeño mundo que construye el conjunto de una obra de imaginación (*Carmen*) o un escrito descriptivo (el libro de viajes). O, en cuarto lugar, lo que aparece parcialmente dentro de una obra de imaginación, por ejemplo, mediante las opiniones manifestadas en ella (Polonia en Balzac, *Cousine Bette*; o Francia e Italia en *La Chartreuse de Parme*) o personajes representativos (toda la gama del *Zauberberg* de Thomas Mann). Y no son éstas las únicas acepciones y virtualidades. De ahí que quepan no ya diferencias considerables sino, incluso dentro de un solo género, tensiones importantes.

En este campo, que ocupan tantos estereotipos y no sólo entusiasmos sino aborrecimientos, ¿es lícito distinguir entre el juicio y el prejuicio? ¿Entre el criterio de una persona y la opinión de muchos? Por más que se entreveren estas clases, en la práctica parece que sí podemos percibir matices diferenciales. Descubrimos así opiniones históricamente arraigadas en cierta época y que proceden de una intención descriptiva y analítica. Los viajeros románticos, por ejemplo, procuran comprender lo que ven y al propio tiempo, con tal propósito, confirman y repiten lo que dijeron otros, tratándose de España. George Ticknor había elogiado especialmente el pueblo, ya en 1819. Richard Ford escribirá luego que «the lower classes are by far the best and finest of Spaniards»; y Prosper Mérimée, con algo de sincera condescendencia, que «la canaille est ici intelligente, spirituelle, remplie d'imagination».² Son juicios basados originariamen-

1. Véase G. Lanson, «Études sur les rapports de la littérature française et de la littérature espagnole au XVII^e siècle» *Revue d'Histoire Littéraire de la France* III (1896), p. 45.

2. Cit. en José María Alberich, «Actitudes inglesas ante la Andalucía romántica» en *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos*, ed. A. González Troyano et al., Málaga, 1984, pp. 37-38.

te en condiciones sociopolíticas, como la Guerra de la Independencia y la lucha del pueblo español contra Napoleón. (A fines de siglo el populismo literario se deshace en elogios del campesino ruso.) Llamamos más bien prejuicios, por otro lado, unas actitudes negativas y despectivas, de marcado carácter sectario o partidista. Ejemplo clásico entre nosotros —imagen de una imagen tal vez— es el recelo angloamericano ante el carácter español, fundado en intereses protestantes, el sombrío prestigio de la Inquisición y la llamada leyenda negra. Es evidente que la literatura se alimenta de estas tonalidades tenebrosas y figuras criminales. José María Alberich recuerda toda una serie de sectarias figuraciones británicas, desde *The Spanish Friar* de Dryden, a fines del siglo xvii, hasta la novela gótica del xix y sus historias anticlericales y espeluznantes de «monjas ensangrentadas, de espectros ululantes, de frailes diabólicos que seducen y luego atormentan a sus penitentes [...], de novicias que dan a luz el fruto de sus amores sacrílegos y lo entierran luego en los sótanos o los desvanes de los conventos».³ No olvidemos que no pocos de estos relatos se colocaban en España, como *The Abbot of Montserrat, or the Pool of Blood*, o *Don Sancho, or the Monk of Henares, Almagro and Claude, or Monastic Murder*, y otras lindes de este jaez. Mas no son los españoles el único objeto de enemigas que se remontan, siglos atrás, a las guerras de religión. ¡Cuántos ejemplos no podríamos traer a colación! Ante todo el menosprecio del Islam, cuyas vicisitudes durante el siglo xix, en manos de quienes paradójicamente profesaban el orientalismo, desde Silvestre de Sacy y Edward William Lane, recuenta Edward W. Said en su muy valioso *Orientalism* (Nueva York, 1979).

Sumamente simple es el tópico a secas, que no por trivial o mediocre deja de actuar y ser influyente. Tratándose de rasgos nacionales, la banalidad parece ineludible, según anotaba George Orwell: «national characteristics are not easy to pin down, and when pinned down they often turn out to be trivialities or seem to have no connection with one another. Spaniards are cruel to animals, Italians can do nothing without making a deafening noise, the Chinese are addicted to gambling».⁴ Entre tales lugares comunes sobresale y acaso tenga más posibilidades de vida el *bon mot* que demuestra ingenio, ocurrencia sorprendente o paralelismo de forma. El siglo xvii inglés conoció el tópico siguiente, que Francis Bacon formula en sus *Essays* (1625): «it has been an opinion that the French are wiser than they seem, and the Spaniards seem wiser than they are» («Of seeming wise»). Nótese que Bacon da la opinión por ya existente; y que reduce a un sencillo contraste la expresión más elaborada de

3. *Ibid.*, p. 35.

4. Cit. en Morroe Berger, «Understanding National Character - and War» *Commentary* XI (1951), p. 385.

Peter Heylin en su *Microcosmos* (1621), traducida por Patricia Shaw: «pues, mientras se dice que los españoles parecen sabios, siendo tontos, que los franceses parecen tontos y son sabios, que los italianos parecen sabios y lo son, no se afirma que los portugueses sean sabios ni que lo parezcan».⁵ Pasamos así fácilmente del prejuicio al chiste sobre nacionalidades, de todos conocido hoy. Patricia Shaw traduce también las palabras de un viajero en España en 1623, que en una carta recoge un dicho local: «aquí tienen otro dicho: en el baile la francesa, en la cocina la holandesa, en la ventana la italiana, en la mesa la inglesa y en la cama la española».⁶

Está claro que la vocación final de estos conceptos es la tonte-ría, corriente y moliente, exenta de ingenio o de forma, tal como Flaubert morbosamente la cultiva en su *Dictionnaire des idées reçues*; véanse unas muestras: «ALLEMANDS. Peuple de rêveurs (vieux)»; o bien: «BASQUES. Le peuple qui court le mieux»; y no digamos: «ITALIE. Doit se voir immédiatement après le mariage. — Donne bien des déceptions, n'est pas si belle qu'on dit.»

Lejos de estas necedades, y de los que disfrutaban con ellas, se hallan quienes estudian seriamente *les mentalités*; y ante todo las obras maestras de la antropología cultural, consagradas a pueblos no primitivos, o al menos no tanto, como *The Chrysanthemum and the Sword* (1946) de Ruth Benedict, sobre el Japón, o *The Tahitians* (1975) de Robert I. Levy, o *Pueblo of the Sierra* (1950) de J. Pitt-Rivers. Adviértase el título dual de Ruth Benedict— como también la contradicción y riqueza, plural o polifónica, que implica en las culturas comparadas el método de Gregory Bateson, que aplica a distintas naciones unos rasgos o situaciones bipolares: dominación/sumisión, auxilio/dependencia, etc.⁷ Salvo raras excepciones, por desgracia, estos saberes universitarios no han logrado incorporarse a los ámbitos en que prosperan las imágenes nacionales o la creación literaria moderna.

Un mero observador puede descubrir, sin ir tan lejos, que las relaciones literarias entre dos naciones no coinciden con los conceptos y conflictos que proceden de la economía o de la política. Todo sucede como si una sociedad no fuese una entidad monolítica e indivisible; y un poco de sensatez aconsejase distinguir en ella por lo menos dos estratos: un estrato sociopolítico y otro cultural. La imagen política de Estados Unidos en Bogotá habrá sido durante largos años negativa; pero ello no impidió que el modelo de Hemingway afectase positivamente la composición de *El coronel no*

5. Cit. en Patricia Shaw Fairman, *España vista por los ingleses del siglo XVII*, Alcobendas (Madrid), 1981, p. 141.

6. *Ibid.*, p. 127.

7. Véase M. Berger, *art. cit.*, p. 382.

8. Véase mi artículo «Distant Relations: French, Anglo-American, Hispanic» en *World Literature Today*, 1985, p. 503.

tiene quien le escriba. En nuestros días los ejemplos de estas incongruencias son legión. El comienzo de la llamada guerra fría a fines de los años 40 y la ola de intolerancia denominada *McCarthyism* perjudicó notablemente la imagen de Estados Unidos en Italia, pero no el aprecio que sentían Vittorini y Pavese por Faulkner y el mismo Hemingway.⁸

Explica Fernand Braudel que cuando Venecia era el estado más poderoso de Italia y del Mediterráneo, el foco de cultura principal era Florencia, vale decir, que no había confusión entre el «centro material» y el «centro cultural».⁹ La confusión entre los dos centros, o los dos estratos, es efectivamente lo que desorienta y abarata tantos juicios y prejuicios de imagen nacional. Hace poco el escritor soviético Fazil Izkander (caucásico, nacido en Abjasia) comentaba el tópico de la «enigmática alma rusa», preguntándose si no resultaba de la perplejidad del extranjero al percibir simultáneamente a unos grandes escritores, libres y humanísimos, como Tolstoi y Chejov, y un existir social primitivo y grosero, a lo largo del siglo XIX. Es como si habláramos de la enigmática alma hebrea —decía— «tras fundir a Einstein con un tendero judío».¹⁰

Los unos funden y confunden, generando o repitiendo imágenes simples; y los otros distinguen. De ahí las tensiones y discrepancias que ocupan muchas veces un mismo espacio histórico. Durante el siglo XVIII los enciclopedistas y *philosophes* franceses son severos y hasta despectivos para con el país vecino; y el gusto neoclásico desvaloriza la literatura española. Pues bien, el primer volumen de la *Bibliothèque universelle des romans*, de julio de 1776, publica una extensa reseña de las letras españolas, sorprendentemente elogiosa y bien documentada. El autor, puesto que de novelas se trata, conoce a Diego de San Pedro y sus sucesores; novelas de caballerías y pastoriles; bastantes novelas picarescas; relatos «históricos» (o moriscos); los cuentos de Cervantes, Montalbán y Zayas; el *Persiles*; y hasta obras, de índole narrativa, de santa Teresa y sor María de Ágreda. Si España no ha inventado —dice— todos los géneros novelescos, al menos los ha perfeccionado todos.¹¹ Nos hallamos ante una sensibilidad prerromántica, precursora del hispanismo de principios del XIX, tanto en estas apreciaciones como en su caracterización de la nación española: «une nation naturellement fière, mais très-courageuse; galante et voluptueuse, mais disposée à la jalousie; qui habite un climat brûlant, dont l'ardeur donne plus d'activité à ses qualités estimables et plus de force à ses passions».¹² Conviven

9. Véase *ibid.*, p. 503. La entrevista de Braudel está en el *Nouvel Observateur*, París, 10-16 de mayo de 1985.

10. *La Vanguardia*, Barcelona, 1 de noviembre de 1988, pp. 44-45.

11. *Bibliothèque universelle des romans*, París, Lacombe, julio de 1776, vol. I, p. 8.

12. *Ibid.*, p. 7.

en un solo momento, sin duda, opiniones encontradas acerca del mismo país.

Sean prejuicios o juicios, simples o plurales, las imágenes del extranjero, como las convenciones sociales y artísticas, suelen tener algo en común: su reiteración a lo largo de muchos años. Las opiniones pueden ser diversas y contradictorias. Y para ser lo que llamamos imágenes en este terreno, tienen que heredarse, perpetuarse y compartirse, evolucionando y cambiando, o manteniéndose firmes —*idées reçues*—, hasta ser sustituidas por otras.

II

Veamos ahora algunas de las interacciones y vinculaciones que existen entre los tres ángulos de nuestro triángulo.

Como se trata de relaciones internacionales, es evidente que cierta clase de experiencia colectiva afecta tanto la escritura como la imagen: la circunstancia, suceso o cambio de carácter político. Tras las guerras y disputas entre Francia y España durante el siglo XVI, la Paz de Vervins de 1598 trae consigo una relativa tranquilidad, que fomentará el conocimiento durante el siglo XVII de la lengua y las letras españolas. Pero el poder del estado español sigue siendo no sólo grande, desde una óptica francesa, sino temible y amenazador. La paz hace posible un conocimiento más inteligente del rival o virtual enemigo. Hito esencial son, por supuesto, las bodas reales en 1615 de Ana de Austria, hija mayor de Felipe III, con Luis XIII, y de Isabel de Borbón con el príncipe don Felipe. Las consecuencias serán palpables. Pero nótese que el cambio no deja de acarrear conflictos y debates, como si las imágenes previas no cediesen el paso tan fácilmente ante las nuevas. Salieron a la palestra numerosos panfletos: *Discours sur les mariages de France et d'Espagne* (París, 1614), *Remontrance à la Reine sur les Alliances d'Espagne* (1614), *Réfutation du Discours contre les Mariages de France et d'Espagne* (1614), etc.¹³ Poco después aparece en París el importante tratado de Carlos García, *La oposición y conjunción de los dos grandes luminares de la tierra [...] con la Antipatía de franceses y españoles* (1617). Esta obra de Carlos García, que era un escritor de raza, es conocida; y no hace falta detenerse en ella. Es una curiosa mezcla de pensamiento abstracto, casi escolástico, y sátira realista. España y Francia se dividen las virtudes y los defectos del mundo. Las diferencias entre estos dos principios contrarios, que el demonio convirtió en antipatía, han de conducir, por voluntad de Dios, al enten-

13. Véase Ludwig Pfandl, «Carlos García und sein Anteil an der Geschichte der kulturellen und literarischen Beziehungen Frankreichs zu Spanien» *Münchener Museum für Philologie des Mittelalters und der Renaissance* II (1913), pp. 33-52.